

Homilía de II Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Venid y lo veréis”

Introducción

Dejado atrás el tiempo de Navidad, con la celebración de Bautismo del Señor, celebración que sirve de puente para cerrar un ciclo e introducir en otro, somos invitados a considerar el itinerario espiritual de la vida cristiana en clave de llamada. Se podría decir que es la consecuencia de la serie de manifestaciones vividas en el ciclo de la Natividad: manifestación a los pastores, manifestación a los pueblos gentiles, manifestación a Israel.

Toda manifestación conlleva un reclamo de atención que se resuelve en búsqueda y seguimiento. Fue el caso de los pastores, de los magos y de los que acogieron en Israel la venida del esperado Mesías.

Hoy la escucha y pronta respuesta de Samuel, marca la clave, desde la ignorancia que no impide la respuesta en la disponibilidad: aquí estoy porque me has llamado, a la indicación de la calidad de la respuesta: habla, Señor, que tu siervo escucha.

Así se inicia la andadura en este comienzo del tiempo ordinario.



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 3, 3b-10. 19

En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. Entonces el Señor llamó a Samuel. Este respondió: «Aquí estoy». Corrió adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado. Vuelve a acostarte». Fue y se acostó. El Señor volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte». Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado todavía la palabra del Señor. El Señor llamó a Samuel, por tercera vez. Se levantó, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Comprendió entonces Elí que era el Señor el que llamaba al joven. Y dijo a Samuel: «Ve a acostarte. Y si te llama de nuevo, di: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”». Samuel fue a acostarse en su sitio. El Señor se presentó y llamó como las veces anteriores: «Samuel, Samuel». Respondió Samuel: «Habla, que tu siervo escucha». Samuel creció. El Señor estaba con él, y no dejó que se frustrara ninguna de sus palabras.

Salmo

Salmo 39, 2 y 4ab. 1. 8-9. 10 R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. R/. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios; entonces yo digo: «Aquí estoy». R/. «-Como está escrito en mi libro- para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R/. He proclamado tu salvación ante la gran asamblea; no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 6, 13c-15a. 17-20

Hermanos: El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor, para el cuerpo. Y Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? El que se une al Señor es un espíritu con él. Huid de la inmoralidad. Cualquier pecado que cometa el hombre queda fuera de su cuerpo. Pero el que fornicación peca contra su propio cuerpo. ¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 35-42

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)».

Pautas para la homilía

Estamos inmersos en una sociedad que parece no escuchar. Una sociedad marcada por un afán comunicacional que no deja espacio para la acogida de la palabra del otro y tampoco para considerar el relato existencial que el “otro” significa. Tenemos un problema no fácil de resolver. Hay demasiado “ruido” ambiental e interior. Parece que un cierto temor al silencio nos invade y los gritos del silencio no se escuchan. De ahí que las relaciones interpersonales estén expuestas a la quiebra.

En el silencio de la noche Samuel escucha cómo se pronuncia su nombre

Lo entiende como llamada y en su razonamiento lógico, corre a ver qué se espera de él, poniéndose delante de Elí. El muchacho es pura disponibilidad: aquí estoy. Esto sucede por tres veces. La misma respuesta por parte de Samuel y la misma indicación proviene de Elí. Señala el autor que Samuel aún no conocía al Señor a pesar de estar entregado a El y vivir en su casa. Tocaré a Elí señalar al pequeño Samuel lo que tiene que responder. Somos enseñados. La andadura cristiana no se aprende al margen del testimonio de los que preceden en el compromiso bautismal. Hay que aprender, dirá el Papa Francisco “el arte del acompañamiento espiritual”. No se trata de una comunicación de saber intelectual, sino de sabiduría espiritual que surge de la experiencia personal en el encuentro con el Señor. Aprender a escuchar.

Pablo nos hablara del sentido cristiano de la corporeidad

La tentación de separar lo que Dios ha unido está a la orden del día. Hay que descubrir el valor de la corporeidad en la existencia humana. No es un accidente. No es algo que nos estorba la experiencia de encuentro con el Señor. Por eso dirá: el cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo. No tenemos otra vía y más segura que la está ligada a la humanidad. Y es ahí donde se encuentra la clave para no divagar en lo que se refiere a la experiencia de Dios. Si el Hijo de Dios asume la humanidad y en la corporeidad hace palpable a Dios mismo; si el ser humano en su corporeidad se convierte en templo en el que Dios habita, parece lógico que haya que redescubrir el sentido auténtico de la corporeidad para manifestar a través de ella nuestra pertenencia a Cristo. No es enemigo nuestro la corporeidad personal, sino que somos nosotros mismos: soy cuerpo y soy alma y en la unidad de ambos, con la armonía querida por Dios, podremos escuchar y responder a lo que se nos propone y encomienda.

Juan es el evangelista de los tiempos fuertes en la liturgia cristiana

También, cada año, cuando comienza un ciclo nuevo, será de su mano que somos introducidos. El Bautista sabe quién es Jesús y cuál su misión. Lo ha dejado bien claro al definirse ante los que le preguntan. En este caso, dos de sus discípulos le escuchan decir: “Este es el cordero de Dios”. La fuerza de su testimonio hace soltar amarras a ambos, porque se van detrás de Jesús. Se trata de irse detrás de la Palabra y no quedarse en la Voz. El Bautista es sólo “voz que grita”. La Palabra es la que comunica la vida. Hay que escuchar la voz para acoger la Palabra. En definitiva hay que aprender a escuchar.

Y escuchando bien, el seguimiento parece una consecuencia natural. Pero esto resulta insuficiente. Conviene clarificar la razón del seguimiento, purificar la escucha. Se escuchan tantas cosas e importan sólo muy pocas. Por eso Jesús preguntará: “¿qué buscáis?”. Esa pregunta se torna personal: ¿qué busco yo?, porque para responder al que pregunta, debo tener bien claro qué busco. No respondieron la pregunta, tal vez porque no tenían claro lo que Juan había indicado, ya que preguntan: ¿Dónde vives?. Pudiera parecer una simpleza y no lo es. Tener claro dónde habita Dios es vital para cada bautizado. Se nos tiene que indicar, no lo inventamos nosotros y tampoco es la lógica consecuencia de la especulación humana. Para saberlo hay que aceptar la invitación que se nos hace: “Venid y lo veréis”. Se trata de experiencia de comunión de vida, que produce al mismo tiempo una sabiduría existencial que va más allá. De ella surge, necesariamente la misión que se descubre a partir del encuentro con El. Por eso Andrés comparte con su hermano lo que ha encontrado: “Hemos encontrado al Mesías”. Toca hoy vivir esa misma experiencia para poder llevar a los que buscan y parecen no hallar nada, al lugar en el que habita Cristo. Buen reto y mejor tarea.



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Evangelio para niños

II Domingo del tiempo ordinario - 14 de enero de 2018



Los primeros discípulos

Juan 1, 35-42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: - Este es el Cordero de Dios. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y, al ver que lo seguían, les preguntó: - ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: - Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? El les dijo: - Venid y lo veréis. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró a su hermano Simón y le dijo: - Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: - Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa Pedro).

Explicación

Juan Bautista dijo a sus seguidores, refiriéndose a Jesús: Ese es estupendo y el único a quien merece la pena conocer y seguir. Y sus discípulos se fueron con Jesús y le preguntaron: Maestro, ¿dónde vives? Jesús les contestó: Venid y lo veréis. Y se quedaron con él.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Los discípulos de Juan Bautista escuchaban entusiasmados las palabras que éste les dirigía. Y le hacían muchas preguntas.

ANDRÉS: Juan, hablemos del Mesías. Quisiéramos conocerlo.

DISCÍPULO: Dices que le bautizaste en el río Jordán. Pero, si es el Mesías ¿por qué le bautizaste tú?

JUAN: Preguntáis muchas cosas, y sólo puedo deciros que el Mesías es más importante que yo.

ANDRÉS: ¿Cómo de importante Juan?

JUAN: Tan importante que no soy digno de desatar la correa de su sandalia.

NARRADOR: En ese momento, fijándose en Jesús que pasaba, dijo:

JUAN: Este es el cordero de Dios. Mirad que se acerca; él podrá responder a todas vuestras preguntas.

ANDRÉS: ¿Vamos a su encuentro? A mí me gustaría saber algo más de Jesús.

NARRADOR: Andrés y el otro discípulo de despedieron de Juan y se acercaron a Jesús. Éste les vio titubeantes y les preguntó:

JESÚS: ¿Qué buscáis?

ANDRÉS: ¡Maestro! ¿dónde vives?

JESÚS: Venid y lo veréis.

NARRADOR: Andrés era uno de los que oyeron a Juan y fue en busca de su hermano Simón.

ANDRÉS: ¡Simón, ven conmigo! ¡Hemos encontrado al Mesías!

SIMÓN: ¿Tu maestro, Juan Bautista, es el Mesías?

ANDRÉS: ¡No, qué va! El Mesías es Jesús.

SIMÓN: ¿Jesús? ¿qué Jesús?

ANDRÉS: ¡Pues Jesús! Espera..., le llamaré. ¡Jesús, Jesús, sal por favor! quiero presentarte a mi hermano.

JESÚS: Tú eres Simón, el hijo de Juan.

SIMÓN: ¿Y cómo lo sabes?

JESÚS: Desde hoy te llamarás Cefas.

SIMÓN: ¿Y qué significa eso?

JESÚS: Significa Pedro, porque tú eres la piedra sobre la que edificaré mi Iglesia.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández